

James Simpson
**La agricultura española (1765-1965):
la larga siesta**

Madrid, Alianza, 1997

JUAN PAN-MONTOJO

Universidad Autónoma de Madrid

Si hubiera que definir por algún rasgo el libro de James Simpson, sin duda el elegido sería la madurez. Las 415 páginas en las que este autor, británico de origen y profesor de la Universidad Carlos III de Madrid, sintetiza la historia de las agriculturas españolas desde el fin del Antiguo Régimen hasta su radical mutación en los años sesenta, ponen una y otra vez de manifiesto no sólo una larga carrera investigadora sino también un dominio del oficio, imposible de lograr por el mero paso del tiempo. *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta* es un texto sin desvíos ni información redundante. No hay excursos impresionistas, ni ese tipo de paréntesis que los autores emplean, en ocasiones, para desplegar toda su parafernalia de citas y referencias teóricas y exponer así sus conocimientos y lecturas, construyendo un discurso hermético y por lo tanto tan aburrido y confuso como inexpugnable. Simpson descompone el complejo tema del desarrollo agrario en preguntas adecuadas, y les trata de dar respuesta con todos los instrumentos a su alcance. En eso, nada más y nada menos, consiste una obra que cierra un ciclo de la historiografía agraria, el que podríamos denominar fundacional, ciclo en el que el propio autor ha tenido un papel destacado y que nos lega una visión del cambio agrario y de las transformaciones de la sociedad rural muy distantes, en su amplitud, diversidad y alcance teórico, de los balbuceos —no obstante el valor que les otorgaba su carácter pionero— con que nacieron los primeros estudios agrarios de largo plazo, en la década de 1970.

Que las preguntas sean adecuadas excluye que sean todas las posibles: la naturaleza de las economías campesinas históricas o el potencial y la efectividad real de las actuaciones públicas reciben, por ejemplo, un tratamiento limitado. Simpson se ciñe, sobre todo, a sus objetivos de identificar cuánto, cuándo y dónde aumentaron las productividades de la tierra y del trabajo agrario, una tarea de elevada complejidad porque la inexistencia de datos estadísticos continuados de producción y superficies cultivadas, la heterogeneidad de los sistemas agrarios españoles y la distorsionada información sobre consumo, obligan a apurar al máximo toda fuente disponible y efectuar aproximaciones sucesivas, que el autor presenta —las propias— y comenta —las ajenas— en el apéndice. La conclusión al respecto es que las productividades de la tierra y el trabajo aumentaron muy lentamente a lo largo de todo el siglo XIX y que al comienzo de la era estadística en la agricultura, una y otra magnitud eran —en relación a otros países occidentales— bajas. Sobre esa tesis se articulan a su vez las cuestiones centra-

les del libro: el cómo, el por qué y el dónde de las ganancias en rendimientos por hombre y por hectárea. La responsabilidad global de ese atraso la distribuye el autor entre los rasgos del medio físico peninsular (suelos, relieve y clima), que no son sin embargo la condición suficiente de la “larga siesta”, y tres factores adicionales: las políticas adoptadas, el débil crecimiento de otros ramos productivos y de las ciudades (que por lo tanto no generaron una presión transformadora por el lado de la demanda interior ni absorbieron los excedentes demográficos rurales) y los problemas derivados de la posición internacional de España y sus ventajas comparativas para lograr un crecimiento basado en la exportación. Y agrega, convirtiéndola en uno de los ejes del libro, una variable dependiente de esos cuatro factores y una pista insustituible para identificar la naturaleza del crecimiento de la productividad: el cambio técnico.

Las preguntas, presentadas en la introducción y en la primera parte del libro, hallan una formulación acorde con las mutaciones temporales y con las constantes estructurales y espaciales de las agriculturas españolas: las “variaciones regionales” no se pierden en las medias aritméticas ni en las generalizaciones sobre recursos naturales, relaciones sociales o instituciones jurídicas, por más que en ningún momento se abandone la visión de conjunto, imprescindible en un espacio definido por barreras aduaneras únicas, por la existencia de un aparato público central y por la voluntad política de convertirlo en un mercado integrado.

Las respuestas se articulan en cuatro partes cronológicamente delimitadas. De entrada se estudia la fase de transformaciones estructurales y expansión agraria que concluye con la crisis agrícola y pecuaria de los años ochenta del siglo XIX, abordándose sucesivamente los rasgos del crecimiento agrario con estancamiento técnico en el cereal, de la extensión de la vid y de la especialización ganadera y la mercantilización de la España húmeda —aproximada a través del caso gallego— y su vinculación con la integración de estos sectores en los mercados nacional e internacional. La tercera y la cuarta parte se dedican a explorar el período de transformaciones técnicas limitadas, de desarrollo agrario en el sentido pleno de la palabra pero truncado, que discurre desde las sucesivas crisis que agotan el modelo de expansión del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Simpson consigue en estas páginas sus argumentaciones más convincentes, no en vano sus anteriores trabajos —incluida su propia tesis doctoral— se centraron en el estudio del período 1850-1936. Analiza en la Tercera Parte, bajo el título de “Los límites del cambio tecnológico, 1880-1936”, las posibles vías de elevación de las productividades a finales del siglo pasado y en qué medida fueron exploradas por los cultivadores en los años anteriores a la Guerra Civil: la mejora del abonado, la intensificación del cultivo (que en buena parte del territorio pasaba por la irrigación, pero que también podía acometerse mediante la introducción de cultivos de secano intensivos en trabajo como la vid y el olivo) y la mecanización. En cada uno de estos planos el autor sistematiza los avances experimentados, diferenciando los efectos locales —en ocasiones notables— del limitado impacto global, y traza un cuadro complejo pero bien resuelto en términos expositivos de los elementos medioambientales y económicos que impidieron un crecimiento acelerado de la productividad antes de la Guerra Civil. A partir de esta aproximación Simpson se centra en la cuarta parte, “Los mercados y las instituciones, 1880-1936”, en identificar los factores que subyacían en la imposibilidad de obtener ganancias rápidas y generales de productividad por cualquiera de las vías mencionadas. No voy a resumir aquí, lo que respecto al mercado interior, las exportaciones, la política arancelaria y los (fracasados) intentos de reforma agraria señala el autor. Baste decir que Simpson atribuye al tamaño y esca-

la de las explotaciones, a la lentitud del éxodo rural, a los problemas a que se enfrentaban en el mercado internacional los cultivos españoles más competitivos y a los bajos niveles de inversión en investigación, la responsabilidad central de que hasta la década de 1960 el atraso de la productividad del trabajo agrario español siguiera siendo manifiesto. La quinta parte del libro, bajo el título algo desconcertante de “El Estado y el fin de la agricultura tradicional”, resume, por último, la evolución agraria entre el término de la Guerra Civil y los años sesenta. El calificativo de desconcertante se deriva de que las políticas agrarias están en buena medida ausentes del genérico estudio que Simpson emprende en este capítulo, correcto pero por debajo del nivel del resto de la obra. No sólo se despachan en algo menos de treinta páginas veinticinco años decisivos, sino que la densidad explicativa es menor, pasando a primer plano un comentario inteligente, aunque algo apresurado, de los cambios en las principales magnitudes agrarias. El libro debería haber terminado, en mi opinión, en 1936, quedando las transformaciones posteriores a la Guerra Civil como un epílogo que contribuyera a ilustrar algunos de los grandes argumentos anteriores, más que como un objeto en sí de análisis.

Estas apreciaciones críticas lo son en cualquier caso en términos relativos. El conjunto del libro se apoya en una urdimbre explicativa tan bien enlazada, incluso en períodos en los que los datos cuantitativos exigen múltiples reelaboraciones, que el ritmo rápido de la quinta y última parte contrasta con todo lo anterior. A mi entender tres son las grandes aportaciones que con la obra se hace a la historia económica de la España contemporánea: en primer lugar, presentar y justificar de forma convincente un perfil del crecimiento de las productividades agrarias, que desde luego no cierra todo posible debate pero le otorga un ineludible marco de referencia; en segundo lugar, ofrecer una visión profunda y accesible de las grandes tendencias de cambio técnico; en tercer lugar, resituar una polémica antigua, la de la importancia de la asimétrica distribución de la propiedad en el subdesarrollo y el papel que en la dinamización agraria hubiera podido ofrecer una reforma estructural, y otra de máxima actualidad, la relativa al peso del proteccionismo en la deficiente asignación de recursos y en suma en las fragilidades del crecimiento económico. En estas dos discusiones cargadas de prejuicios ideológicos, pero también en los dos ámbitos anteriormente mencionados, James Simpson introduce el realismo y el relativismo propios de la mejor tradición historiográfica, un correctivo adecuado que los historiadores pueden y deben ofrecer a las ciencias sociales prospectivas y, concretamente con este libro, a la economía del desarrollo.